

á las almas, sino para que les abriera las puertas del cielo. Aun podía esperar de la misericordia de Dios perdon; pero de las víboras de Basilea solo puedo esperar mordeduras venenosas. ¿No has notado cómo se parecen estos dos nombres Basilea y basilisco? Un Médicis ayudó á un Papa angustiado á salir de Constanza: que otro Médicis no empuje á un Papa angustiadísimo á caer en Basilea. ¿Y no sería yo, en vez del mejor, el peor de los sacerdotes, si destrozara por un capricho tuyo y una complacencia mía el mas fundamental entre todos los cánones? Ya sabes como hablan los rebeldes del Rhin. Dicen que un Papa no podria deponer á la Iglesia y que la Iglesia ha depuesto muchas veces á los Papas. Dicen que pueden resistir á mi autoridad como San Pablo resistió á San Pedro. Y piensan en elegir otro Pontífice y oponerlo á mi soberana é indivisible autoridad. Sus ojos se han fijado en orgulloso Duque de Saboya, retirado á las orillas del lago ginebrino, para darse, ¡infame! so pretesto de adorar á Cristo en la maceración y en la penitencia á obedecer á Epicuro en la mesa y en la cama. El mundo se indignará contra los facciosos cuando sepa que ponen al frente de nuestra Santa Madre Iglesia un príncipe con hijos. ¿Y quieres que dé fuerza y razon á sus enemigos mostrándome débil en aquel capitalísimo asunto donde pienso encontrar mi fortaleza y mi defensa? ¡Oh! No. Tú eres mi único refugio en este angustioso momento, porque sólo tú puedes enviar los clérigos griegos á Constantinopla. Mas si vienes á ponerme un puñal en el corazon y á exigirme en cambio de tu dinero mi indulgencia por los extravíos de la carne.....

El Papa hablaba con tal exaltacion y con tal fuerza, que Cosme no se habia atrevido á interrumpirle ni con palabras ni con ademanes y gestos. Pero al verle entrar en semejante orden de ideas, ofensivo á su persona, echóse á los piés de Eugenio IV, y con elocuentísimo encarecimiento, le pidió perdon por interrumpirle y le dijo que no continuara esforzándose en demostrar el fundamento de una negativa cuya justicia estaba tan clara y tan manifiesta. En seguida extremó con aquella finura florentina, característica de su génio, cuanto le dolia la suposición relativa á un cambio de servicios por el dinero prestado, suposición que no pudo escuchar sin exaltarse y caer en súbitas y hasta cierto punto irreverentes interrupciones. Así es que no insistió en sus súplicas, persuadido de cuan arraigados se hallaban por causa de las circunstancias en el ánimo de Eugenio aquellos poderosos escrúpulos. Y despues de haber llevado la conversacion por variados temas, á fin de distraer y calmar al Papa, dejó la vivienda pontifical, apenado por no saber cómo decir á su pintor que todo estaba perdido y que no tenia el pobre otro remedio sino resignarse á llevar sobre la cerviz la coyuga del fraile y sobre el corazon la soledad de la muerte.

CAPITULO V.

O sea capítulo que podria tener, como las comedias antiguas, dos títulos: de la invencion de la pintura al óleo ó los ángeles endemoniados.

Salió Cosme de su conversacion larguísima con Eugenio profundamente entristecido. El ánimo de tan fino estadista, con ser entero, acogojábase al tener que participar la inutilidad de sus esfuerzos á quien los creía omnipotentes. En el mirar tempestuoso, en el acento firme, en el temblor extraño, en la palabra veheméntísima del artista sintió que anhelaba con anhelo verdadero, y no con voluntariedad pasajera, la licencia necesaria á romper sus votos y recobrar su libertad. ¿Cómo sumirlo en la desesperacion sin profundísima pena? Hallábase, pues, el Padre de la Patria en extraordinario aprieto. Larga experiencia le mostrara cuán irritable es el génio de las gentes movidas por algun aliento de inspiracion ó consagradas á alguna de las manifestaciones del arte. Contrariadas, sus alas de ángel se truecan fácilmente en alas de águila herida; y su voz de ruiseñor en rugido de fiera talenturienta. Así Cosme debia desengañar á Filippo y volverse y tomar voz en pró del Papa, cuando Filippo, desengañado, hundiese su lengua de serpiente en la persona del Papa. Al pronto quiso aplazar la notificacion del caso y entretener las ilusiones del jóven; pero en seguida comprendió que sólo conseguia herirlo con mas rudo golpe y exacerbarlo con mas temible desesperacion al desprenderlo del cielo de los encantos en la tristísima realidad. Encaminóse, pues, á su palacio donde Filippo acababa de comenzar el ornamento de una habitacion, y encaminóse á decirle sin circunloquios aquella verdad tristísima que no consentia atenuaciones.

Estaba Filippo embebido en trabajos de artista. Largo mandil cubria su hábito de carmelita, y sobre el mandil resaltaban las chispas de los colores

molidos para la obra de sus pinturas al fresco. El placer mas intenso se reflejaba en la expresion de su rostro naturalmente expresivo. Un movimiento aceleradísimo comunicaba increíble rapidez á sus actos y á sus gestos. Parecia un Dios creando y produciendo, que lo vé todo, provee á todo, y está á un mismo tiempo en todas partes. No necesitaba en aquel momento, por lo menos de ningun extraordinario esfuerzo. El pincel obedecia á su mano con la misma docilidad que su mano obedecia al pensamiento y el pensamiento á la inspiracion. Ni arrugas en su frente, ni ceño en su entrecejo, ni contraccion en sus labios, ni vacilaciones en sus toques. Notábase tan solo que, al dejar en la pared humedecida un color, un matiz, ó una línea, por virtud de sus magistrales pinceladas, se le dilataba el pecho como para recojer mayor cantidad de aire y las pupilas como para recojer mayor cantidad de luz. Creeríais, al verlo, encontraros en presencia de esos artistas de Grecia, cuyas facultades desconocian todo desequilibrio, y en cuya frente brillaba con la paz del alma el purísimo reflejo de una tranquila expresion completamente armonizada con la serenidad luminosa de sus inspiraciones y de sus ideas. Y no sólo sentia regocijo sino que lo comunicaba á cuanto le circuia de igual suerte que los cuerpos luminosos irradian y comunican su calor.

Cosme se detuvo á contemplar tanta alegría y sintió una especie de dolor intenso al tener precision de interrumpirla.

—Amigo Filippo.

Dijo.

—Señor.

Le respondió Filippo.

—Se trabaja con ahinco.

—Cual merece la casa que debe albergar á mi protector y á mi amigo.

—El trabajo tiene virtud bastante á calmar todas las penas.

—Menos las penas del amor, las más vivas y las más intensas del alma.

—Siempre con tu tema.

—¿Habeis visto al Papa?

—Le he visto.

—¿Y le habeis hablado?

—Le he hablado.

—¿De mi asunto?

—De tu asunto.

—No me atrevo á preguntaros nada: tan suspensa ¡ay! se encuentra mi felicidad de vuestra contestacion.

—Filippo!

Dijo Cosme de Médicis moviendo tristemente la cabeza.

—¡Oh! Si traeis una mala nueva, no me la digais por piedad. Consentid-

me creer, siquiera sea por un minuto, que voy á ser libre y que la libertad va á darme la ventura. No me mateis, Cosme.

—¿De qué sirve la fuerza en el hombre, si no sirve para arrostrar la desgracia?

—¿No ha permitido mi dicha?

—No la ha permitido. Escrupulos invencibles.....

—No sigais, no sigais.

—Filippo.

Dijo Cosme, endulzando la voz en términos que pudiera penetrar con su triste y suave dulzura hasta el alma del jóven y consolarla con la magia que tiene el acento dulcificado.

—No me habéis. Cada palabra que quiera explicarme esta desgracia sólo servirá para trastornar mi razon y enardecer mis sentimientos.

—Moderate: que en el reposo y en el recogimiento pueden adquirirse hasta las fuerzas necesarias á intentar y conseguir lo imposible.

—Moderarme cuando el corazon se parte en mil pedazos, cuando plomo derretido y no sangre hierve en mis venas, cuando el desierto se extiende como la desolacion de las desolaciones ante mis ojos, cuando la vida entera se disipa como una niebla inútil en la soledad inmensa. No quiero gloria porque no tengo con quien compartirla. No quiero inspiracion porque no tengo á quien consagrarla. No quiero riqueza porque no tengo con quien repartirla. Quiero la muerte, único lenitivo á mis penas, y consuelo único que me queda ya en el mundo.

—Pero, Filippo, ¿á qué repetir todas las frases vulgares de la desesperacion antes de procurar los más vulgares remedios?

—Pero, señor, ¿quereis que me ponga á idear preciosidades de estilo en el momento mismo en que la pasion me ahoga el pecho y me trastorna el cerebro?

—Conformate con tu suerte.

—Cosa fácil de deir; difícilísima de alcanzar. Pedí auxilio al poder, á la riqueza, á la gloria; y no lo encontré.

—Porque era imposible.

—Imposible á un Médicis arrancar de un Papa pobre, que necesita su dinero; de un Papa perseguido hasta en la cima de su trono; de un Papa desacatado hasta en su autoridad espiritual; de un Papa atribuladísimo y desdichado, licencia para un monge á quien no conoce, y cuya libertad, despues de todo, le importaría tanto como la libertad de la última de sus aves prisionera y colgada por sus celdas.

—Acostumbrado á pasear por esos inmensos espacios de tu fantasia, donde nunca encuentras obstáculos que te detengan, crees al poder político, el más limitado de todos los poderes humanos, con la fuerza y con el alcance de tus creaciones y de tus ideas.

—Menos filosofía y más verdad. Menos retórica y más hechos.

—Filippo, no creas que por ser un artista puedes arriesgarte á todo y desconocer hasta el respeto debido á Cosme de Médicis, cuyas manos, si no tienen el cetro de los reyes, ¡ah! tienen el hacha de los verdugos. Así me pagas el que haya ido en porfía extraña á pedir al Papa una sancion á tus insensateces y á tus caprichos.

—Perdonadme, Señor, perdonadme. Comprendo que debia dirigirme tan solo á ese viejo asustadizo y ridículo, vomitado por Roma sobre Florencia, para volcar el infierno de sus ambiciones.....

—Olvidas que ese anciano, á quien agravia con palabras soeces é insultos insolentes, lleva en sus sienes la Tiara de la Iglesia y tiene para su defensa el arma de la Inquisicion en sus manos. Tiembla, Filippo, tiembla.

—¿Yo temblar? Nada hay tan valiente como la desesperacion en el mundo. Lanzadme todos los verdugos que tengais á mano; podrán á lo sumo arrancarme la vida. ¿Y para qué la quiero yo? ¡Vaya una amenaza! Quien no teme morir, no teme matar.

—Mira, Filippo, me he convencido de que estás loco. Y el loco necesita dos cosas; una jaula y un loquero. De consiguiente no saldrás de aquí, de este cuarto, donde te encierra mi autoridad hasta tanto que no haya concluido tu locura.

Y Cosme de Médicis, dando dos pasos hácia atrás, pues solo dos necesitaba para salir, cogió con fuerza la puerta, la cerró con estrépito, echó el cerrojo con celeridad, y se fué, entre risueño y mohino, á contar por la casa como su pintor se habia vuelto loco y necesitaba largo encierro y severísimo castigo. El pobre Filippo saltó hácia la puerta con salto de tigre y pugnó por abrirla con esfuerzo de Hércules. Pero la puerta quedó tan pesada é inerte como sólida pared. Así comenzó el pobre á dar vueltas en todos sentidos, para buscar una salida, agitado como el aye prisionera. La habitacion, que pintaba, era un camarín de la señora de Cosme. Estrecha, sobre todo para albergar á su ornamentador que se movia de continuo en desordenados movimientos, presentaba poco espacio á la agitacion material con que Filippo desahogaba ó divertia su cólera. Y necesitaba el infeliz correr, volar, ir en pos de algun vértigo bastante á quitarle con la inteligencia y con la memoria, siquiera fuese por algunos momentos, el sentido y el conocimiento de la tristísima realidad. ¡Pobre jóven! Nada para mantenerle en el equilibrio de sus facultades, en la paz de sus inspiraciones, en la alegría de sus sentimientos, en la virtud que resulta de semejante estado, nada como la felicidad. Pero en cuanto venia la desgracia á herirle, se desconcertaba todo su sér, y perdidas así la razon como la conciencia, se precipitaba tristemente en el desórden. Y creía con la exaltacion propia de todas sus creencias y de todos sus sentimientos que solo el placer desordenado calmaba el des-

ordenado dolor. Y ¡oh rábia! El potentado á quien halagara por conseguir de otro potentado mayor la libertad apetecida; esbirro, le perseguía; juez, le condenaba; carcelero, le aprisionaba; verdugo, le hería. Y encerrándole allí, le privaba del vino, del juego, de las jácaras, de las orgías, de todo cuanto en su perversion imaginaba que servia para alimentar la llama de su vida cuando no la alimentaba el calor de una dulce y satisfecha pasion. Su entrada en el claustro coincidió con dos prósperos sucesos; con la ruptura del casamiento de Lucrecia que vino á esperanzarle y con el laurel de la gloria y el rumor de la fama que vinieron á engreirle. En tal encanto, producía como si solamente necesitase para producir el verbo, la inspiracion natural de la idea, á la manera de Dios al producir el universo. Así recreábase extático en lo que nuestra lengua llama recreacion, es decir, en contemplar y recontemplar, como si segunda vez las produjera, sus nacientes obras. Mas si en producir estaba la aspiracion primera de su inteligencia, en amar estaba la primera aspiracion de su sentimiento. El amor y la inspiracion se presentaban en él como dos manifestaciones de una misma esencia. Del sentimiento brotaba la fantasia como del agua el vapor, como de la planta el aroma. Y de la fantasia se animaba el sentimiento como de la luz el calor, y del calor la vida. Feliz, corría la inspiracion tranquila y mansamente reflejando en su linfa las cosas creadas y las ideas increadas, con ese doble carácter ideal y plástico propio de las humanas artes. Infeliz, tronchábanse sus celestes aspiraciones, y caía desplomado en el barro de la tierra. Por esta complexion suya, en aquel momento de supremo dolor necesitaba emociones supremas. Un alma delicada y tierna se hubiera refugiado en la soledad y en el retiro á pedir á Dios el sueño de la muerte para sus párpados y la calma del olvido para su alma en oraciones impregnadas de vago misticismo; pero esta alma de Filippo, más tempestuosa que iluminada, tonante y relampagueante, herida por las chispas de tantas pasiones, profería la blasfemia como desahogo é invocaba la orgía como lenitivo y como alivio. Nunca necesitaba tanto la agitacion, y nunca le condenaron tan cruelmente á la inmovilidad, impidiéndole toda salida, á él, necesitado del vértigo de una interminable carrera. Podrá formarse una idea de la situacion de Filippo aquel que haya visto un hidrófobo, los estremecimientos de sus nervios crispados, la convadura de sus miembros doloridos, el resuello de su pecho roto, el estridor de sus mandíbulas rechinantes, el extravío de sus ojos enrojecidos, los espumarajos de su boca contraída, las transiciones del movimiento á la inercia y del calor al frio, y de la exaltacion á la rigidez, los signos de la más terrible de todas las enfermedades y del más intenso y atroz de todos los dolores. Pues á un hidrófobo se parecia aquel hombre, corriendo de un lado á otro aunque tropezara con las paredes; forcejeando la cerradura de las puertas aunque se rompiera las manos; hundiéndose en la carne viva las uñas aunque chorreara sangre; dando alaridos terribles aunque

solo respondiera el eco lejano á su desgarradora voz. Lo que más le apenaba en aquel instante era su forzosa clausura en la habitacion donde acababa de ejercitar su númen, habitacion trocada, como por mágia, en cárcel de su infortunio. Golpeó las puertas y las paredes; subió por sus escalas al techo á ver si ocultaba alguna trampa; escarbó al suelo con sus uñas á ver si habia allí alguna salida. No le quedaba más que un medio, la ventana por donde podia lanzarse al espacio y caer en la calle. Mas la ventana estaba á tanta altura que salirse por ella equivalia á estrellarse necesariamente en el suelo. Solamente un ave podia tener el impulso que agitaba en aquel momento al pintor. Si miraba para medir con la vista el espacio que le tenia separado de la calle, asaltábanle verdaderos vértigos. Por consecuencia tirarse de aquella ventana equivalia á romperse, como decimos vulgarmente, la crisma. Y con semejante certidumbre, aun le atraía el abismo por virtud de atraccion irresistible. Mas si por un lado tiraba de él fuertemente la extension vacía; por otro lado tiraba el instinto de la vida. En cualquiera otra coyuntura, el instinto predominara sobre todo: en aquel dia angustioso predominaba el vértigo. Y sin encomendarse á Dios, Filippo se montó en la ventana y se lanzó al espacio. Si cualquiera lo hubiese visto en aquel trance, augura con seguridad su estrellamiento necesario al chocar en tierra, segun venia como una pelota por los aires. Las leyes físicas no pueden burlarse como se burlan las leyes morales; y era como resultado matemático que, al caer Filippo, ó se partía en mil pedazos el cráneo dejándose esparcida la mollera, ó se reventaba como un sapo aplastado, ó se rompía en pedazos los huesos; de manera que al buscar en la libertad el placer, encontraba la muerte. Reiránse los escépticos cuanto quieran de lo que llamábamos en la escuela finalidad de los séres. Si el mundo es el teatro donde la casualidad compone un drama sin plan ni concierto, los séres racionales pasan como las moléculas de polvo en los giros del viento, traídos de aquí para allá por fuerzas incontrastables y ciegas. Pero si una inteligencia sobrenatural dirige, como yo creo, las cosas, desde la gota de agua hasta el alma del hombre, todo tiene un fin. Y los séres no desaparecen de la tierra sino despues de haber cumplido ese fin supremo. Lo cierto es que Fra Filippo debia morir; y la casualidad que dirian unos, y la finalidad de los séres, que diria yo, quiso detenerlo y lo detuvo en el hierro saliente de un balcon colocado bajo de la ventana. Y una vez suspendido de allí por los paños del hábito, vino fácilmente á tierra sin ningun peligro, así que el hábito cedió, y lo dejó caer de mucha menor altura. Y una vez en tierra, echó á correr con la celeridad vertiginosa de la liebre perseguida y escapada por milagro de las acechanzas del cazador.

Y bien creia que necesitaba huir, pero temia ser perseguido como un criminal por burlador de la vigilancia de todo un Médicis. En cuanto cayó sano y salvo por milagro, y echó á correr como si tuviera en los piés rápi-

das alas, pensó en refugiarse, huyendo de su propio protector, al abrigo de una iglesia. Arrojó pues al suelo su mandil de trabajador, envolvióse en su capa de fraile que bajo el mandil llevaba, calóse la capucha hasta las cejas; y acogiése al asilo sin duda más seguro, á una iglesia. No lo creeríais; pero en cuanto llegó á la iglesia aquel hombre que blasfemaba del Papa y casi casi estaba por blasfemar de Dios y de los Santos, se hincó rendido y se puso á orar acongojado. Quien le hubiera visto al pié de los altares, ceñida la coyunda monástica, cruzados los brazos, hincadas las rodillas, extáticos los ojos, tomáralo por una imágen mística ó de la oracion ó de la penitencia. Y allí despues de orar, aguardaba realmente la caída del dia para que las sombras le prestasen algun auxilio en sus errantes marchas por la ciudad, y le diesen alguna esperanza en su nueva y desatentada aventura. Efectivamente, entrada la noche, despues de haber corrido al acaso, oyó instrumentos de música, ecos de orgía, voces conocidas de pintores; vió reflejos de luces que anunciaban un festin; y penetró decididamente en aquel sitio á donde le llamaban todos sus instintos.

Así que subió la escalera, se encontró en singular teatro y extrañísima escena. En salon espaciosísimo, sobre una mesa por blancos manteles cubierta y ceñida de olorosas guirnaldas, veíanse copas y ánforas, todas admirablemente cinceladas, de varios tamaños y formas, que recordaban las artes griegas y romanas; en medio de la mesa una estatua, ó antigua, ó imitada de lo antiguo, cuya casta desnudez evocaba los recuerdos de aquellos tiempos en que los pueblos, ébrios de vida y de alegría, danzaban en danzas sagradas al rededor de sus dioses; á la cabecera sendos coros, uniformados con rojas túnicas y coronados de verdes laureles que pulsaban cítaras doradas y decian versos clásicos; á los piés, cuatro pebeteros, que lanzaban á los aires en columnas de azulados vapores embriagadoras esencias; y al rededor, jóvenes de ámbos sexos, vestidos cual si todavía los templos paganos estuvieran de pié, que libaban alegres sobre mullidos lechos formados por ramos de mirto las copas rebosantes de espumoso vino, y los labios rebosantes de ardentísimos besos. Imagínese lo que parecería en aquel mundo pagano un fraile católico, vestido de áspera estameña, con su rosario al cinto, su cruz al pecho, su capucha á la cabeza, plegados los brazos, y metidas las manos dentro de las mangas. Cualquiera diria que la imágen del misticismo bajaba á recordar la nada de las cosas humanas en medio de los trasportes sensuales, y el deber de la penitencia y la realidad de la expiacion en medio de los culpables excesos. Al pronto, glacial silencio cayó sobre toda aquella juventud enardecida, como si fuera el fraile un ministro de venganzas celestes, pero, en cuanto atrevida mano bajó la capucha recorriendo así el velo de los misterios y mostrando el rostro sensual de Fra Filippo Lippi, una sonora carcajada respondió á la súbita revelacion, un aplauso siguió á la car-